

LOS PREDICADORES REALES DE CARLOS II¹

COURT PREACHERS OF KING CHARLES II OF SPAIN

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA PÉREZ
Universitat de les Illes Balears-IEHM
fj.garcia@uib.es

RECIBIDO: 5-09-2017

ACEPTADO: 24-10-2017

Para citar este artículo: GARCÍA PÉREZ, Francisco José. «Los predicadores reales de Carlos II». *Archivo Ibero-Americano* 75, nº 281 (2015): 673-710.

RESUMEN:

Este artículo persigue el estudio de los predicadores reales nombrados durante el reinado de Carlos II. La oratoria sagrada jugó un papel importantísimo en la evolución política de aquella época. Los predicadores se habían introducido peligrosamente en el juego de facciones, adquiriendo una importante presencia en los acontecimientos que se vivían en el Real Alcázar. Por tanto, a continuación, se propone el análisis de su perfil sociológico y evolución durante los últimos años del siglo XVII, haciendo especial énfasis en la profunda relación del púlpito de la Capilla Real y el trono.

PALABRAS CLAVE:

Predicadores, Carlos II de España, oratoria sagrada, Real Capilla.

ABSTRACT:

This article pursues the study of court preachers appointed during the reign of Charles II of Spain. The sacred oratory played an important role in the political evolution of that time. The preachers had entered the dangerous game of taking sides and gained an important presence in the events that were being lived out in the Real Alcázar. An analysis, therefore, of its sociological profile and evolution during the last years of the seventeenth century is proposed, with special emphasis on the profound relationship of the pulpit of the Royal Chapel and the throne.

KEYWORDS:

Preachers, Charles II of Spain, sacred oratory, Royal Chapel.

1 Las abreviaturas utilizadas en este artículo son las siguientes: AGP (Archivo General de Palacio), AHN (Archivo Histórico Nacional), BNE (Biblioteca Nacional de España).

Durante los últimos años, se ha vivido un interés creciente en el estudio de los predicadores reales y la oratoria sagrada a lo largo de la Edad Moderna. Con los trabajos del historiador Fernando Negredo como referencia obligada, han salido a la luz contribuciones interesantes que se adentran en un ámbito historiográfico que durante mucho tiempo ha quedado relegado a un segundo plano¹. En lo que respecta a la época de Carlos II, todavía se necesita de una revisión profunda sobre dicha temática. Actualmente contamos con algunas aportaciones que se centran en el análisis de las dinámicas de la Real Capilla bajo el último Austria y la íntima relación del púlpito con el trono². De hecho, distintos historiadores han sacado a la luz trabajos interesantes que abren nuevas perspectivas. Pero lo cierto es que el camino aún sigue abierto. En lo que se refiere concretamente a los predicadores reales designados a lo largo del reinado de Carlos II, a día de hoy queda todavía pendiente un estudio en profundidad.

Este artículo persigue precisamente tratar esta cuestión. En una primera parte, se analizarán las principales características de los predicadores de la Capilla Real nombrados entre 1665 y 1700. A continuación, se pondrá especial énfasis en las circunstancias políticas que se vivieron durante el reinado del último Austria, y que afectaron en mayor o menor medida a esta élite palatina, maestra a la hora de jugar su papel dentro y fuera del real Alcázar de Madrid. Finalmente, se incluye la nómina completa de los predicadores reales nombrados durante el reinado de Carlos II, aportándose algunos datos interesantes que puedan contribuir a enriquecer esta temática.

1. LOS PREDICADORES DEL REY: CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES Y ANÁLISIS SOCIOLÓGICO

Cuando Carlos II nació en 1661, ser predicador de la Real Capilla seguía siendo un lujo envidiable. A lo largo del reinado de Felipe IV, estos oradores responsables

1 La obra de referencia actualmente para conocer la temática de los predicadores reales durante el siglo XVII sigue siendo F. NEGREDO DEL CERRO, *Los predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro* (Madrid: 2006).

2 Sobre algunos de los trabajos que se centran en la oratoria sagrada y los predicadores reales dentro de la Real Capilla durante el reinado de Carlos II, véase A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO, «Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos II», *Crítico* 90 (2004): 99-123. A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO, «La sacralización de la dinastía en el púlpito de la Capilla Real en tiempos de Carlos II», *Crítico* 84-85 (2002): 313-322. J. A. SÁNCHEZ BELÉN, «Eclesiásticos criollos en la Capilla Real de Palacio: una élite de poder en el reinado de Carlos II», *Revista de Indias* 261 (2014): 423-452. J. J. AZANZA LÓPEZ, «Imágenes emblemáticas del adoctrinamiento regio: los sermones del predicador real José de Barcia en la Corte de Carlos II», *Potestas* 6 (2013): 255-297. J. J. CARRERAS y B. J. GARCÍA GARCÍA (eds.), *La Capilla Real de los Austrias. Música y ritual de corte en la Europa moderna* (Madrid: 2001).

de predicar los sermones en el espacio más sagrado del Alcázar de Madrid habían consolidado ya su fama, influencia y privilegios. No debe sorprender, por tanto, que la competencia para obtener dicho título aumentase considerablemente con cada año que pasaba. Si la proliferación de mercedes había restado grandiosidad al puesto de predicador, poco importaba en la práctica, pues todavía conservaba un elevado grado de honor y prestigio³. De hecho, el reinado de Carlos II únicamente consolidó esta dinámica, como veremos a continuación. No era para menos, ya que un predicador real, pese a no cobrar gajes por su oficio, podía vivir cómodamente y con un nivel de vida superior al de sus hermanos de orden. Mientras no estaban enfrascados en la preparación de sermones –lo cual solía ser muy a menudo–, los predicadores «viven en sus celdas con la misma libertad e independencia que pudieran en el siglo»⁴. Muchos de ellos contaban con servicio doméstico, una mesa aparte en el convento donde residían y una mula para viajar⁵.

La mayoría de predicadores reales provenían, como había sido durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, del clero regular. Solo una minoría de miembros del clero secular, en su mayoría canónigos de catedrales como la de Toledo o Santiago, o curas de algunas de las parroquias más poderosas de la villa coronada, accedían al puesto de predicador⁶. Eran precisamente las órdenes religiosas las que mejor se habían infiltrado en el imbricado universo de la oratoria sagrada, con personajes que adquirieron gran fama como predicadores de la Capilla Real de los Austrias⁷.

3 SÁNCHEZ BELÉN, «Eclesiásticos criollos», 429.

4 AGP, Personal, Caja 7733, ex. 4.

5 A lo largo del siglo XVII, hubo predicadores reales que llegaron a gozar de una situación realmente privilegiada y envidiable por sus contactos con la aristocracia y la familia real. A inicios de la centuria, se decía sobre el jesuita Jerónimo Florencia, muy cercano al círculo de la reina Margarita de Austria, que «gustaba de viajar en coches de seis caballos con paje y acompañantes». Aunque este dato no parece del todo correcto, pues las leyes suntuarias lo prohibían y los coches de seis caballos estaban reservados en el ceremonial de Corte solo para altos dignatarios, refleja cuál era el nivel de vida del predicador jesuita o por lo menos la idea que desprendía. J. GARAU AMENGUAL, «Jerónimo de Florencia (1565-1633), predicador real», *Revista de Literatura*, 68, 135 (2006): 112.

6 El número de eclesiásticos seculares que obtuvieron plaza de predicador, como se viene diciendo, fue muy limitado. Sin embargo, hubo personajes que llegaron a tener gran resonancia dentro de la Real Capilla, como es el caso del canónigo andaluz José de Barcia. Véase AZANZA LÓPEZ, «Imágenes emblemáticas del adoctrinamiento», 255-297.

7 Véase F. HERRERO SALGADO, *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*, vol. V (Madrid: 2006).

Nombramiento de predicadores divididos por congregación (1666-1700)

Orden	Número de miembros	%
Franciscanos	60	17%
Agustinos	35	10%
Jesuitas	29	8,3%
Dominicos	27	7,7%
Clero secular	26	7,4%
Mercedarios	24	6,9%
Carmelitas	22	6,3%
Jerónimos	20	6%
Benitos	19	5,4%
Capuchinos	16	4,6%
Mínimos de S. Fco. De Paula	14	4%
Clérigos menores	13	3,7%
Trinitarios	12	3,4%
Bernardos	10	2,8%
Teatinos	8	2,3%
Basilios	4	1,1%
Camilos	3	0,8%
Premostratenses	2	0,5%
Cister	1	0,2%

Como puede comprobarse en la tabla anterior, la orden con más predicadores en la Capilla de Carlos II era la de los frailes franciscanos, quienes contaban ya con una larguísima y consolidada tradición en la predicación de sermones religiosos⁸. A continuación, les seguían agustinos, dominicos y jesuitas. Los primeros habían consolidado su posición durante el reinado de Felipe IV, especialmente por los fuertes lazos que los hijos de San Agustín tuvieron con el conde duque de Olivares⁹. Los padres predicadores contaban con el apoyo que les brindaba el confesor del rey, normalmente un dominico¹⁰. Y en cuanto a los jesuitas, reforzaron su influencia bajo las faldas de la reina Mariana de Austria, especialmente durante el período de

8 Sobre los profundos lazos de las órdenes mendicantes, especialmente los hijos de San Francisco de Asís, y la predicación sagrada véase A. GARCÍA DE LA BORBOLLA, «Algunas consideraciones sobre la predicación a partir de la hagiografía mendicante», *Erebea* 1 (2011): 57-82.

9 NEGREDO DEL CERRO, *Los predicadores de Felipe IV...*, 183 y ss.

10 Véase M. A. LÓPEZ ARANDIA, «Dominicos en la Corte de los Austrias: el confesor del rey», *Tiempos Modernos* 20 (2010/1). (disponible en <https://goo.gl/BTFMCc>).

la regencia¹¹. De hecho, salvo los dos años en los que el bastardo Juan de Austria se hizo con el gobierno y expulsó a la regente de palacio, los jesuitas siempre tuvieron el apoyo de la reina madre, que intercedió ante Carlos II en beneficio de la Compañía¹². Sin embargo, lo que también se desprende de la tabla anterior es que el predominio de las principales religiones de mendicantes, jesuitas y agustinos se había visto trastocado por una mayor presencia del resto de órdenes asentadas en Madrid. Incluso hubo nuevas entradas en la Real Capilla, especialmente tras el ingreso de tres miembros de la orden de San Camilo.

Las vías de promoción de predicadores reales continuaron las dinámicas del reinado anterior, pero es cierto que hubo algunas variaciones significativas. Normalmente, un aspirante a la plaza de predicador venía recomendado¹³. La mayoría de las veces contaba con una carta de presentación enviada por un superior de la orden. Esta vía había sido especialmente común durante la primera mitad del siglo XVII, en un momento en el que ser predicador todavía no era algo excesivamente codiciado. Por entonces, generales y provinciales de las órdenes intentaban por todos los medios infiltrar a uno de sus hermanos en la Corte¹⁴. Sin embargo, conforme se hicieron evidentes los privilegios y lujos inherentes a dicha plaza, proliferaron las disputas, especialmente cuando los superiores veían amenazada su propia autoridad.

Aquí llegamos a la segunda vía de promoción, en la que los aspirantes se presentaban por sí mismos. Aunque había sido francamente minoritaria bajo el reinado del Rey Planeta, a finales del Seiscientos se convirtió en cosa muy común. Los intentos de las órdenes por controlar el acceso de sus miembros eran tan exagerados, que aquellos que no gozaban de la confianza del superior, veían muchas veces frustrado su camino hacia la capilla palatina. De modo que, especialmente a partir de 1680, algunos aspirantes enviaron memoriales únicamente presentando sus méritos propios. No es casualidad que durante el reinado de Carlos II, el Patriarca de Indias tuviese que lidiar con estas cuestiones, la mayoría de las veces defendiendo a sus predicadores frente a unos superiores que podían llegar demasiado lejos para impedir un nombramiento. De hecho, en más de una ocasión, el Patriarca advirtió a generales de órdenes como las de San Jerónimo y San Fran-

11 La presencia de la Compañía de Jesús en la Corte de los Austrias fue una constante a lo largo del siglo XVII, hasta el punto de que un jesuita y confesor de la reina Mariana de Austria llegó a convertirse en valido de la Monarquía, algo casi imposible de concebir bajo los reinados de Felipe III y Felipe IV. Véase J. BURRIEZA SÁNCHEZ, «La Compañía de Jesús y la defensa de la Monarquía Hispánica», *Hispania Sacra* 60 (2008): 181-229.

12 J. LOZANO NAVARRO, *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias* (Madrid: 2005), 304.

13 SÁNCHEZ BELÉN, «Eclesiásticos criollos en la Capilla de Palacio», 429.

14 NEGREDO DEL CERRO, *Los predicadores de Felipe IV...*, 44.

cisco de Paula que «no es de inconveniente [...] ni perjudicial el que se les guarde a los Predicadores de V.M. las exenciones y honores que les tocan como lo manda V.M. en su título»¹⁵.

Además de estas dos vías, existían algunas otras. Una muy utilizada por entonces era la recomendación hecha por un laico, la mayoría de las veces un familiar o un personaje con influencia y buenas relaciones con el aspirante. Tenemos ejemplos sobrados. De hecho, el Patriarca tenía muy en consideración cuando, sumándose a los méritos académicos, venía incluso una de estas cartas de recomendación¹⁶. Por ejemplo, cuando el jesuita Diego Bernardo de Quirós solicitó plaza de predicador, fue casi determinante la carta escrita por su hermano, un ayuda de cámara del rey, que refería «que a veinte años que sirve en esta ocupación continuando los muchos y antiguos de sus padres y abuelos, todos criados y ministros de V.M.»¹⁷.

Otra vía de ingreso mucho menos común era la promoción de candidatos hecha directamente por el Patriarca de Indias o por el mismísimo rey¹⁸. Algunas veces, eclesiásticos que todavía no formaban parte de la plantilla de predicadores recibían el inmenso honor de predicar un sermón ante la presencia del monarca¹⁹. Aquel era un momento estelar y determinante para el orador. Porque si conseguía impresionar a las altas esferas, su camino hacia la Capilla del Alcázar era mucho más fácil. Por ejemplo, el agustino fr. Luis Criado alcanzó el puesto de predicador tras deslumbrar a Carlos II después de predicar un sermón el día de San Agustín en la iglesia de San Felipe de Madrid²⁰. Asimismo, poco antes de morir el rey, el Patriarca recomendó como predicador al jerónimo fr. José de Santa María «en atención a sus méritos y letras, y haber tenido la suerte de que V.M. le oyese»²¹.

Un factor a tener en cuenta a la hora de ser nombrado predicador era la formación de los aspirantes²². Como se trataba de un puesto de importancia y muy codiciado, todo mérito era sustancial para marcar la diferencia. Podríamos pensar que el más importante de todos era el buen ejercicio de orador. La mayoría de las veces el

15 AGP, Real Capilla, Caja 218, ex. 2.

16 NEGREDO DEL CERRO, *Los predicadores de Felipe IV...*, 45.

17 AGP, Personal, Caja 7737, ex. 4.

18 F. NEGREDO DEL CERRO, «La Capilla de Palacio a principios del siglo XVII. Otras formas de poder en el alcázar madrileño», *Studia Historica. Historia Moderna* 28 (2006): 82 y ss.

19 Don Juan de las Hebas, que en 1686 era ya capellán de honor en palacio, había tenido el privilegio de poder predicar ante Carlos II en varias ocasiones. De modo que cuando finalmente suplicó que se le concediese plaza de predicador, hizo especial énfasis en haber «tenido la fortuna de que V.M. le oyese dos veces, una en su real capilla, sermón de cuarenta horas, otra en el real convento de la Encarnación este año». AGP, Personal, Caja 7952, 1.

20 AGP, Personal, Caja 7735, ex. 6.

21 AGP, Personal, Caja 7758, ex. 4.

22 SÁNCHEZ BELÉN, «Eclesiásticos criollos en la Capilla Real de Palacio», 429.

Patriarca hacía hincapié en esta circunstancia, como ocurría con el monje benito fr. Manuel Navarro que «en lo predicativo tiene aplauso común en Salamanca»²³, o el capuchino fr. Francisco de Tarazona que predicaba «con todo aplauso y aprobación de las Iglesias Catedrales»²⁴. Muchos aspirantes recalcaban sus años en el púlpito, sus condecoraciones y su condición de predicadores generales de sus órdenes, pero lo cierto es que no siempre se necesitaba ser un gran orador. De hecho, cuando el Patriarca avaló el nombramiento del P. Diego de Andrade, hijo de San Cayetano, también dijo que «aunque no es de gran primor, ni habilidad en lo predicativo, es de lo mejor que hoy tiene su religión»²⁵. Si los títulos no eran suficientes, las influencias siempre podían hacer el resto.

La mayoría de los pretendientes tenían ya una edad avanzada, por lo que contaban con una larga carrera de estudios a sus espaldas y una sucesión de cargos en sus respectivas órdenes²⁶. Por descontado, casi la totalidad de ellos eran licenciados y muchos Doctores. Sin embargo, el número de catedráticos era mucho menor, pues en todo el reinado de Carlos II únicamente 33 lo eran, no llegando al 10% del total de predicadores.

Cuando finalmente se aprobaba el nombramiento de un candidato, empezaban los trámites burocráticos y el Patriarca ordenaba que se realizase un expediente de limpieza de sangre que probara los antecedentes de cristiano viejo del pretendiente²⁷. Sin embargo, las excepciones estaban a la orden del día. Aunque uno de los estatutos de la Real Capilla era que sus criados debían ser hijos de legítimo matrimonio, no siempre se cumplía esta premisa. De hecho, hubo algunos casos de hijos ilegítimos, pero que contaban con la protección de un padre poderoso –la mayoría de las veces de origen noble–, como ocurrió con el monje benito Juan Jacinto Manrique, hijo bastardo del marqués de Aguilar. El Patriarca no dudó en aconsejar a Carlos II «que V.M. podrá servirse dispensar en esta parte y por esta

23 AGP, Personal, Caja 7945, ex. 1.

24 AGP, Personal, Caja 7731, ex. 8.

25 AGP, Personal, Caja 7747, ex. 3.

26 Sobre la formación intelectual del clero regular y los principales centros de estudios superiores en la España de los Austrias véase M. ANDRÉS, «Núcleos de propagación del pensamiento eclesiástico», *Edad de Oro* 8 (1989): 9-25.

27 Algunos predicadores intentaron eludir este paso solicitando que las pruebas de limpieza de sangre se realizasen en Madrid, especialmente para evitar los costes que suponía todo el proceso de recabar pruebas en el lugar de origen del aspirante. Por ejemplo, el monje benito fr. Gregorio Balboa solicitó plaza de predicador en 1675 después de haber servido en dicho cargo al emperador del Sacro Imperio. Tras más de diez años intentándolo sin éxito, Carlos II le nombró predicador en 1689, y fue entonces cuando el P. Balboa suplicó al rey «que la dicha merced de su predicador se entienda gozando juntamente dicha antigüedad, sin más pruebas que las de predicador del Sr. emperador que según estilo hizo por su persona». AGP, Personal, Caja 7751, ex. 1.

vez el estatuto de la capilla en atención a ser el pretendiente de tan ilustre sangre por su línea paterna»²⁸. Una vez se realizaba el nombramiento, se establecía si el nuevo predicador lo era *ad honorem* o si contaba con gajes por su oficio. Cabe decir que durante el reinado de Carlos II, las dificultades de la Real Hacienda y la inestabilidad política y social que se vivió en todos los ámbitos de la Monarquía conllevaron que la mayoría de nombramientos se realizasen como títulos honoríficos. Solo los más veteranos llegaban a recibir gajes de predicador. Y, como puede suponerse, obtener dichas retribuciones se convirtió en un premio muy codiciado por el que valía la pena luchar.

2. ENTRE EL ABUSO DE MERCEDES Y LA REFORMA DE LA REAL CAPILLA (1666-1679)

Cuando Felipe IV murió en 1665, el número de predicadores reales había aumentado considerablemente con respecto a los inicios de siglo. Si entre 1621 y 1630 fueron nombrados 18 predicadores, en los últimos cuatro años de reinado se había doblado esta cifra, aumentando hasta 40²⁹. Para cuando comenzó el período de la regencia, el clero regular había constatado sobradamente la importancia política que implicaba colocar a uno de sus miembros como predicador de la capilla palatina. Ya no se trataba únicamente de un peón con el que reforzar la presencia de la orden en la Corte, sino que los predicadores se habían convertido también en agentes políticos que podían ejercer mayor o menor presión entre las distintas facciones de palacio³⁰. Por ello, no es de extrañar que cuando Mariana de Austria asumió el gobierno durante la minoría de edad de Carlos II, los superiores de las órdenes religiosas enviasen reiteradamente memoriales presentando potenciales candidatos.

Entre 1666 y 1675, doña Mariana recibió numerosas propuestas para futuros predicadores³¹. Las distintas religiones se dirigían a aquella reina inexperta y joven, poniendo especial énfasis en sus años sirviendo al trono. Por ejemplo, la orden del Carmen calzado escribió a la regente en 1668 para recordarle «sus servicios, para que continúe el honrarla en uno de los sujetos proporcionados que tiene [para predicador]»³². Asimismo, un provincial de Santo Domingo, fr. Pedro Álvarez de Montenegro, aprovechó la oportunidad para recalcar que «su religión menos que de otra alguna asiste al servicio del Rey Nuestro Señor (Dios le guarde) en el ministerio

28 AGP, Personal, Caja 7743, ex. 2.

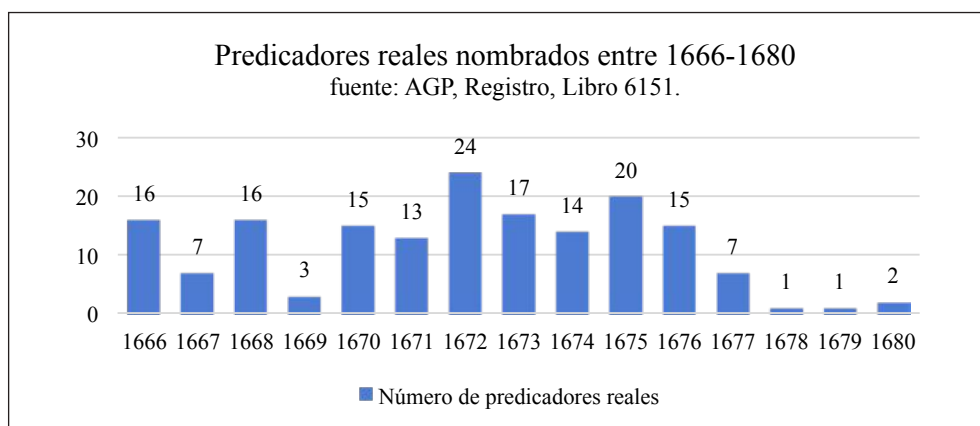
29 NEGREDO DEL CERRO, *Los predicadores de Felipe IV...*, 58.

30 Véase F. NEGREDO DEL CERRO, «La Capilla Real como escenario de lucha política. Elogios y ataques al valido en tiempos de Felipe IV», en *La Capilla Real de los Austrias. Música y ritual de corte en la Europa moderna*, ed. por J. J. CARRERAS y B. J. GARCÍA GARCÍA (Madrid: 2001), 323-344.

31 SÁNCHEZ BELÉN, «Eclesiásticos criollos en la Capilla Real de Palacio», 433.

32 AGP, Real Capilla, Caja 218, ex. 2.

de predicadores de S. M.»³³. Pero, además, la ascendencia que la Compañía de Jesús tenía sobre la reina se estaba traduciendo también en numerosos nombramientos. De hecho, en 1670, el mismo Patriarca de Indias escribía que, «aunque el número de predicadores de V.M. es algo crecido [...], me ha parecido proponer a V.M. tres sujetos de la Compañía que son los de más crédito en el púlpito»³⁴. No es de extrañar, por lo tanto, que la distribución de mercedes durante la regencia fuese realmente elevada³⁵. De hecho, se trataba de una tendencia en alza, que sin lugar a dudas sobresaturaba de predicadores la Real Capilla.



Si se observa la gráfica anterior, puede comprobarse que, en la década que va de 1671 y 1677, coincidiendo precisamente con el momento álgido de la regencia y el gobierno de Fernando de Valenzuela, se nombraron más predicadores que en cualquier momento del reinado de Felipe IV³⁶. Si durante los cuarenta años del Rey Planeta habían sido designados un total de 150, solo en aquel corto período hubo 110 nombramientos. Pero igual de cierto es que las arcas de la Hacienda

33 AGP, Real Capilla, Caja 218, ex. 2.

34 AGP, Personal, Caja 7734, ex. 7.

35 J. LYNCH, *Los Austrias (1598-1700)* (Barcelona: 1992), 314.

36 La época de Valenzuela como privado de la reina sigue siendo recordada como un período que, en palabras de Kamen, «llegó a ser el de una presta distribución de honores y el de un intento de ganar popularidad por todos lados». Si tenemos presentes los niveles de tensión política que se respiraban en el Real Alcázar de Madrid, con un advenedizo susurrando en el oído de la regente y el príncipe bastardo don Juan conspirando para hacerse definitivamente con el poder, podremos imaginar la importancia que llegaron a tener los predicadores para el aparato del poder. H. KAMEN, *La España de Carlos II* (Barcelona: 534).

Real no podían hacer frente a esta situación³⁷. De modo que la mayoría de nombramientos se producía bajo el régimen *ad honorem* y sin gajes. La misma regente se hizo consciente de que el número de oradores de palacio estaba llegando a ser demasiado elevado, pero eso no detuvo al Patriarca de Indias, quien insistió en la necesidad de continuar con los nombramientos. Por ejemplo, en 1669, elevó un memorial a doña Mariana recomendando al P. Antonio Prieto, de los clérigos menores, «aunque V.M. me tiene mandado excuse el consultarla sujetos para predicadores, por los muchos que hay»³⁸.

La privanza de Fernando de Valenzuela reforzó todavía más la ya desbordante distribución de mercedes³⁹. Los años en los que el marqués de Villasierra se convirtió en la mano derecha de Carlos II y su madre coincidieron con un incremento de predicadores en plantilla. De hecho, entre 1673 y 1677 se nombraron alrededor de 66 predicadores reales⁴⁰, pese a que la regente había rechazado en 1671 la entrada de nuevos aspirantes porque «al presente hay muchos»⁴¹. Si consideramos además que el púlpito de la Real Capilla estaba degenerando en un verdadero campo de batalla dialéctica entre las facciones cortesanas, podrán entenderse mejor las motivaciones del valido. Entre 1675 y 1677, distintos predicadores se inmiscuyeron abiertamente en las redezillas de palacio, olvidándose por un momento de sus deberes pastorales⁴². Mientras el trinitario fr. Manuel de Guerra y Ribera aconsejaba a la reina que reconsiderara su situación y se aviniese a pactar con su hijastro, don Juan José de Austria⁴³, los jesuitas alrededor del trono lanzaban todas sus armas para desprestigiar al bastardo de Felipe IV, valiéndose de palabras cargadas de sarcasmo: «callen señores, replicó el Temor, y adviertan que la Esperanza [don Juan] tiene un fraile de ayuda, y si le suelta los aturdirá a sermones»⁴⁴.

Cuando finalmente Juan de Austria se lanzó sobre Madrid y desterró a la reina madre, alejándola del rey, se vivió una verdadera reforma dentro de la Real

37 Sobre la Real Hacienda en tiempos de Carlos II véase el magnífico estudio: J. A. SÁNCHEZ BELÉN, *La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II* (Madrid: 1996).

38 AGP, Personal, Caja 7734, ex. 1.

39 ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, «Facciones cortesanas», 108.

40 AGP, Registros, libro 6151.

41 AGP, Personal, Caja 7736, ex. 9.

42 Al parecer, durante aquellos dos años, algunos predicadores fueron expulsados de la Corte después de haber llevado demasiado lejos sus críticas a la regente, y especialmente al gobierno de Valenzuela. El dominico fr. Antonio de Vergara y el carmelita fr. Antonio de Jesús María quedaron desterrados de la Corte por sus supuestos encuentros clandestinos con los aliados de Juan de Austria. A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, «Precedencia ceremonial y dirección del gobierno. El ascenso ministerial de Fernando de Valenzuela en la corte de Carlos II», en *Vísperas de Sucesión: Europa y la Monarquía de Carlos II*, ed. por J. J. CARRERAS y A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO (Madrid: 2015), 42.

43 Véase M. GUERRA Y RIBERA, *Oración evangélica a sus Majestades* (Salamanca: 1675).

44 BNE, ms. 18211, f. 69.

Capilla⁴⁵. Una vez con Valenzuela depuesto y tras convertirse en primer ministro de la Monarquía, don Juan tomó una decisión innovadora a la par que radical: limitar drásticamente el número de predicadores reales. La idea era que cada religión mantuviera únicamente a tres miembros, y que se realizasen nuevos nombramientos una vez quedaran plazas vacantes⁴⁶. No fue sencillo para el Patriarca de Indias designar a aquellos que iban a ser expulsados de la Capilla. De hecho, expresó a Carlos II todos sus recelos, porque «no parece de la grandeza de V.M. ni de su benignidad revocar las mercedes hechas y echar absolutamente de su Real Casa a los que una vez dio entrada en ella con el título de criados»⁴⁷. Finalmente, el rey —siempre con la aprobación de su hermanastro— ordenó que se mantuviesen todos «los que fueren elegidos por el Rey mi Señor, mi Padre, [...] [y] se reduzcan los que después de su muerte han sido nombrados a tres eclesiásticos seculares y tres de cada una de las religiones»⁴⁸.

A priori, las razones de esta medida eran meramente económicas. Don Juan había programado reformas destinadas a sanear la Real Hacienda, que afectaban a distintos ámbitos de la Corte, y no solo a la Capilla del Alcázar⁴⁹. Pero lo cierto es que también hubo motivaciones políticas⁵⁰. Porque, si consideramos que muchos predicadores reales se habían introducido peligrosamente en el juego de facciones, podremos entender que en 1677 se estuviese viviendo una verdadera purga⁵¹. Si bien predicadores como fr. Manuel Guerra o el jerónimo Francisco Rubio se declararon sus fieles aliados⁵², otros tantos habían arriesgado mucho criticando abiertamente al que ahora era la sombra de Carlos II⁵³. Y pronto se constataron las negativas consecuencias de esta situación.

45 M. LUZZI TRAFICANTE, «La Capilla real de Felipe V o la metáfora del gobierno de las casas reales», en *La Corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*, ed. por J. MARTÍNEZ MILLÁN, C. CAMARERO BULLÓN y M. LUZZI TRAFICANTE, vol. I (Madrid: 2013), 404.

46 ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, «Facciones cortesanas», 103.

47 AGP, Real Capilla, Caja 70, ex. 1.

48 AGP, Real Capilla, Caja 218, ex. 2.

49 J. CASTILLA SOTO, «El 'valimiento' de don Juan José de Austria (1677-1679)», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Moderna* 3 (1990): 200.

50 A. KALNEIN, *Juan José de Austria en la España de Carlos II. Historia de una Regencia* (Lleida: 2001), 426.

51 El Duque de Maura ya hablaba de la persecución que puso en marcha don Juan una vez se hizo con el poder en palacio: «Extremó hasta la crueldad la persecución, no sólo contra las criaturas del *Duende*, sino contra deudos y amigos de los Valenzuela que continuaron siéndoles fieles en el infortunio. [...] Vengó, claro es, todos sus agravios políticos recientes; pero mostró su poco generosa inclinación saciando además antiguos rencores, no recordados ya sino por su implacable amor propio». DUQUE DE MAURA, *Vida y reinado de Carlos II* (Madrid: 1990), 207.

52 Ambos predicadores estuvieron en la lista de aquellos que debían continuar en el servicio de la Real Capilla. AGP, Real Capilla, Caja 218, ex. 2.

53 Durante el gobierno de don Juan de Austria (1677-1679), los jesuitas se convirtieron en sus más acérrimos enemigos, más aún cuando toda la influencia que acumularon bajo la regencia se había visto

Primeramente, la subida al poder del príncipe bastardo afectó enormemente a los padres jesuitas. Con la reina madre recluida en Toledo, las relaciones entre la Compañía y la Corona, privilegiadas antaño, se vieron reducidas al mínimo⁵⁴. Y, aunque el Patriarca de Indias incluyó a tres jesuitas en la lista que predicadores que debían mantenerse –concretamente a los padres Juan Rodríguez Coronel, Tomás Sánchez e Ignacio de Castroverde–, Juan de Austria ordenó su expulsión inmediata. Considerados por aquel entonces «grandísimos sujetos del Colegio Imperial, indiciados levemente de un palé que salió en Valladolid, se les castigó la sospecha con escandaloso destierro de la Corte»⁵⁵. Asimismo, el jesuita Manuel de Nájera, que había sido nombrado en tiempos de Felipe IV, y que por lo tanto estaba exento del número de tres, también fue expulsado del Alcázar⁵⁶.

Pero a esto se le sumaban otras dificultades que debían ser consideradas. Debido al exceso de predicadores nombrados para la Real Capilla a lo largo de los años inmediatamente anteriores a 1677, fueron muchos los expulsados. Y entre estos había miembros de algunas de las familias más poderosas de Castilla. Los hijos del marqués de Santa Cruz, el conde de Ventosa o el conde de Ayala se habían visto afectados por esta reforma⁵⁷. Y ante las protestas de estos poderosos hombres, el Patriarca había intentado recolocarlos para algún otro servicio, aunque finalmente sin éxito. Lo cierto, a pesar de todo, es que aquella ambiciosa reforma construyó los cimientos de una Capilla Real que aspiraba a un mayor control sobre la distribución de mercedes, estipulando todos los nombramientos por regla *ad honorem* y limitando drásticamente la concesión de gajes. Pero cuando parecía consolidarse aquella gran reforma, Juan de Austria cayó enfermo de gravedad y murió el 17 de septiembre de 1679.

3. LAS POSTRIMERÍAS DEL REINADO: REFORMAS INACABADAS (1680-1700)

Los últimos veinte años de reinado vieron sucederse desesperados intentos de cambio dentro y fuera del Alcázar de Madrid⁵⁸. Mientras los sucesivos ministros se

completamente interrumpida. Entre los padres de la Compañía, el P. Juan Cortés Ossorio fue el más abyecto enemigo del príncipe bastardo, y durante aquel bienio lanzó ataques feroces contra él, hasta el punto de recibir el nombre del «Juvenal de aquellos tiempos». C. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, «La sátira política durante el reinado de Carlos II», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* 4 (1983): 20.

54 LOZANO NAVARRO, *La Compañía de Jesús...*, 345.

55 BNE, ms. 6641, f. 64.

56 ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, «Facciones cortesanas», 104.

57 AGP, Real Capilla, Caja 218, ex. 2.

58 Durante los gobiernos del duque de Medinaceli (1680-1685) y el conde de Oropesa (1685-1691) se vivieron continuos intentos de reformas para superar la difícil situación económica que

hacían conscientes de la complicada situación que se vivía en todos los territorios de la Monarquía, dentro de la Real Capilla, don Antonio de Benavides y Bazán, que se había convertido en Patriarca de Indias en 1679, se preparaba para aprovechar las reformas implantadas por don Juan de Austria⁵⁹. La idea era fijar un mayor control del gasto, limitar el acceso de aspirantes y mantener, dentro de unos límites respetables, todo el boato y la gloria ceremonial que había marcado el barroco siglo XVII⁶⁰. Pero lo cierto es que, como se verá, muchas veces las dificultades económicas, las guerras con Francia y las tensiones políticas que se vivían en la Corte terminaron sirviendo de freno a todas estas reformas⁶¹.

Cuando desapareció de la escena política el bastardo don Juan, erigido en un auténtico baluarte alrededor de su hermano, empezaron a mostrarse las primeras grietas de la reforma de 1677⁶². Bajo el gobierno del duque de Medinaceli (1680-1685), se hizo evidente que los planes orquestados por don Juan eran esencialmente una obra suya⁶³. De hecho, ahora que la sombra del príncipe se había desvanecido, algunos predicadores expulsados aprovecharon la oportunidad para suplicar su regreso a la Real Capilla. Los agustinos fr. Luis Criado, fr. Francisco de Figueroa y fr. Pedro de Agramonte «suplican en los tres adjuntos memoriales les haga merced de plaza de predicador mío que está vaca en su religión de los tres que a últimamente quedaron reducidos»⁶⁴. A lo largo de los siguientes veinte años de reinado, la sucesión de memoriales solicitando la reintegración fue un hecho habitual.

El nuevo Patriarca de Indias tuvo que lidiar con una doble realidad: el ingreso de nuevos predicadores y el retorno de algunos de los expulsados. Así que, en

se vivía por aquel entonces. Véase J. A. SÁNCHEZ BELÉN, «Medidas extraordinarias para una crisis económica: las reformas del duque de Medinaceli y del conde de Oropesa a finales del reinado de Carlos II», *Trocadero*, 23 (2011), 7-35.

59 Sobre don Antonio de Benavides y Bazán, Patriarca de Indias y capellán mayor entre 1679 y 1691, no existe todavía un estudio biográfico en profundidad. Incluso podría decirse algo similar de la figura del Patriarca de Indias en general. Sobre sus funciones durante el reinado de Carlos II véase ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, «La sacralización de la dinastía», 314.

60 Sobre la utilización de la oratoria sagrada en la Real Capilla como mecanismo de legitimación y fortalecimiento de la dinastía de los Habsburgo véase F. NEGREDO DEL CERRO, «La palabra de Dios al servicio del Rey: la legitimación de la Casa de Austria en los sermones del siglo XVII», *Críticón* 84-85 (2002): 295-311.

61 C. STORRS, *La resistencia de la Monarquía Hispánica. 1665-1700* (Madrid: 2013), 256.

62 Durante los meses anteriores a su muerte, Juan de Austria empezó a sentirse cada vez más solo. Sus relaciones con Carlos II, que extrañaba mucho la presencia de su madre, se complicaban, hasta el punto de que don Juan estaba perdiendo el apoyo del rey. Esto lo demuestra el hecho de que murió solo, siendo llevado al monasterio del Escorial sin ningún tipo de boato ceremonial. Sobre lo relacionado a su muerte y entierro véase AGP, Reinados, Carlos II, Caja 143, ex. 1.

63 KAMEN, *La España de Carlos II...*, 586.

64 AGP, Personal, Caja 7736, ex. 8.

última instancia, la reforma de 1677 quedó sometida a los intereses faccionales y a las presiones que las órdenes religiosas volvían a ejercer en palacio. Además, muchos de los predicadores que solicitaban su regreso estaban arropados por personajes importantes, al igual que cuando, años atrás, habían suplicado su ingreso en la Real Capilla. Contando con el apoyo de hombres y mujeres de ilustre cuna o con influencias en la Corte, era mucho más difícil que se les negaran sus demandas. Por ejemplo, en 1684, el duque de Montalvo pidió a Carlos II que reintegrara al jesuita P. Juan de Ribera –expulsado por orden de don Juan–, quien por aquel entonces era su confesor⁶⁵.

Sin embargo, también es cierto que la reforma de 1677 no se desvaneció del todo. De hecho, siguió vigente la norma de que solo hubiese tres predicadores por religión –siempre con excepciones–. Los predicadores reales aprendieron ahora a jugar en base a estas reglas, por lo que, durante aquellos dos decenios, estuvieron más que atentos ante cualquier vacante. Una vez moría un predicador o era demasiado mayor para ejercer sus funciones, llegaban a palacio innumerables memoriales solicitando la sucesión en el puesto vaco. Igual que antaño, unas veces era el mismo Patriarca de Indias quien recomendaba a sus propios candidatos, «correspondiendo a mi obligación solicitar para el púlpito de la Real Capilla de V.M. los oradores más dignos y condecorados»⁶⁶. Otras, los superiores de las órdenes, como era costumbre, escribían personalmente al rey suplicándole que designase al candidato que proponían, la mayoría de las veces haciendo hincapié en la necesidad de mantener cubiertas las tres plazas. Por ejemplo, en 1683 el general de San Jerónimo recordaba al rey que su religión «se halla con falta de predicadores de V.M. en medio de haber muchos religiosos beneméritos para este ministerio»⁶⁷.

Pero, sin duda, hubo una novedad a tener en cuenta, y es que gran número de aspirantes empezaron a presentar su candidatura por su cuenta, muchas veces al margen de los intereses de sus superiores. Es preciso recordar que, durante la regencia de Carlos II, las disputas entre unos predicadores cada vez más arropados en sus privilegios y unos superiores que veían amenazada su ascendencia, se habían traducido en enfrentamientos que llegaron hasta los mismos peldaños del trono. En 1673, el Patriarca de Indias se había quejado repetidas veces a la reina regente sobre «algunas disensiones y disturbios entre los Prelados de algunos conventos con los predicadores de V.M. sobre el faltar a guardarles las prerrogativas y exenciones que por tales predicadores les es concedidas»⁶⁸.

65 AGP, Personal, Caja 7738, ex. 10.

66 AGP, Personal, Caja 7945, ex. 5.

67 AGP, Personal, Caja 7743, ex. 8.

68 AGP, Real Capilla, Caja 218, ex. 2.

Tras la reforma de la plantilla en 1677, parecía que los superiores de las distintas órdenes volvían a tener el control de las presentaciones. El número de predicadores por religión era muy limitado y las cartas de recomendación jugaban un papel tan importante que generales y provinciales tenían la llave para introducir en la Corte a sus candidatos favoritos. Pero, contra todo pronóstico, empezó a aumentar vertiginosamente el número de religiosos que solicitaban la merced de predicador sin contar con la aprobación expresa de sus superiores. Algo, como puede suponerse, que no siempre fue bien visto por estos.

El mismo año de 1680, el jerónimo fr. Juan de San Francisco escribió directamente al Patriarca solicitando que se le restituyese a la Real Capilla. Pero entonces el general adujo «que tenía causas secretas que poner en noticia de V.M., [...] que le imposibilitaban en razón y en conciencia dar permiso que viniese a la Corte este religioso». El Patriarca investigó el asunto consultando a otros predicadores jerónimos y finalmente llegó a la conclusión de que, «si el General tiene con él algunas pasiones, son muy fundadas en no seguir sus dictámenes y votos capitulares»⁶⁹. Asimismo, otro ejemplo nos lo ofrece el franciscano fr. Dionisio de la Puente, que había presentado su candidatura sin el permiso de su superior. Cuando este se enteró, escribió al rey suplicando «suspender dicha merced para que los religiosos escarmienten y no se atrevan a obrar contra sus santas leyes y obediencia de sus Prelados»⁷⁰.

Fueron varias las circunstancias que motivaron esta situación no desconocida en los reinados anteriores, pero sí muy minoritaria. A esas alturas todos los aspirantes a predicador conocían sobradamente los privilegios de dicha plaza⁷¹. Obtenerla seguía siendo un lujo demasiado codiciado. Por lo tanto, no era extraño que las críticas hacia esta élite palaciega hubiesen crecido vertiginosamente durante el último tercio del siglo XVII. Los conventos que acogían a predicadores reales denunciaban su lujoso tren de vida y los superiores de las órdenes temían el ascendiente que estos jugaban en las reuniones capitulares. Si a lo anterior le sumamos que el nombramiento de nuevos predicadores se había visto seriamente limitado al número de tres por religión, puede suponerse que los más cercanos a los generales y provinciales lo tuvieran más fácil a la hora de ser presentados. Es por esto mismo por lo que muchos

69 AGP, Personal, Caja 7740, ex. 10.

70 AGP, Personal, Caja 7743, ex. 1.

71 Durante el reinado de Carlos II, muchos conventos de Madrid escribieron al rey suplicando que se les eximiese de acoger a los predicadores en ellos pues, según informaban, no podían hacer frente a los lujos y privilegios que estos portaban. El convento del Carmen de Madrid escribió a Carlos II: «no contentándose algunos de los predicadores que hoy hay con la modesta asistencia y servicio de un compañero lego, pasan a tener pajes y criados seculares que se sustentan de las provisiones del convento y ganando en el ministerio de su predicación más de dos mil ducados a el año sin otras inteligencias e interés secretos, parece fuera de razón y justicia que hagan de todo ello una insaciable ganancia contra la esencialidad del voto de pobreza que profesaron». AGP, Personal, Caja 7733, ex. 4.

aspirantes dejaron de solicitar un permiso expreso y se esforzaron en recalcar todos sus méritos académicos como llave maestra para impresionar al Patriarca de Indias, que era determinante en la elección de un candidato. Por tanto, si durante el reinado de Felipe IV, este grupo de predicadores que se presentaron por sí mismos era «no muy numeroso, pero significativo»⁷², en la década de 1680, y especialmente a partir 1690, se convirtió en una franca mayoría. De hecho, de los diecisiete predicadores nombrados en 1688, once lo hicieron por sí mismos⁷³. Y, en 1699, todos los incorporados habían presentado su candidatura por su cuenta.

Otra novedad que se observó tras la muerte de don Juan José fue la irrupción de nuevas órdenes religiosas en la Real Capilla. Durante la década de los 80, la plantilla de predicadores continuaba manteniendo a tres sujetos de las principales religiones. Algunas de ellas, como se viene diciendo, habían asentado ya su influencia desde hacía siglos, como por ejemplo los franciscanos, dominicos y jesuitas. Otras se habían ganado su lugar mediante su influencia y esfuerzos, como los agustinos⁷⁴. Pero, al mismo tiempo, eran muchos los predicadores que se hallaban ausentes. Aunque era obligatorio que informasen al Patriarca cuando tenían intención de abandonar la Corte, muchos se excusaban alegando misiones concretas que les imponían sus superiores⁷⁵. Esto coincide con una situación que parecía repetirse en todos los sectores que componían el servicio de la Real Capilla. De hecho, hacia 1685 el Patriarca de Indias empezó a constatar una dejadez evidente y preocupante entre su personal.

En 1686, don Antonio Benavides escribió a Carlos II denunciando la desidia de algunos capellanes de honor, cuyos «achagues que representan son de calidad que los deja obrar libremente a todas horas del día en todo cuanto es de su conveniencia, y solo les son de impedimento para no servir semanas en los oratorios Reales»⁷⁶. Por lo mismo, muchos predicadores vivían más preocupados por su nivel de vida que por sus obligaciones. Por ejemplo, en 1687, el receptor de la Real Capilla y capellán de honor, Mateo Frasso, informó al Patriarca sobre los excesivos lujos que mostraban algunos predicadores como fr. Miguel Campos, de la orden terciaria franciscana, pues «los de esta religión visten seda y usan medias de seda [...], que en la capilla real no sé que haya de parecer muy edificativo a vista de tanta reforma como vemos

72 NEGREDO DEL CERRO, *Los predicadores de Felipe IV...*, 48.

73 Véase AGP, Registro, libro 6151.

74 NEGREDO DEL CERRO, *Los predicadores de Felipe IV...*, 54.

75 En 1688, el Patriarca informaba a Carlos II que de los ocho predicadores de San Benito que contaba la Real Capilla, tres no se hallaban en Madrid y otro no había tomado posesión. AGP, Personal, Caja 7952, ex. 10.

76 AGP, Real Capilla, Caja 72, ex. 4.

de religiosos en ella»⁷⁷. Dada la situación, el Patriarca puso sus ojos en nuevas órdenes, que ayudasen a purificar los vicios que pervivían en la Real Capilla.

En 1688, hicieron su aparición los padres camilos, de la Orden de Clérigos Regulares Ministros de los Enfermos⁷⁸. Famosos por su entrega a los agonizantes, los camilos dedicaban su vida a ayudar en el buen morir. A la Corte llegaron las noticias de su laborioso trabajo en Murcia, después de que la ciudad cayese presa de una terrible peste en 1679⁷⁹. Cuando el provincial de los camilos suplicó al rey la entrada de uno de sus miembros en la Capilla del Alcázar, el Patriarca de Indias se vio complacido de recomendarlo: «V.M. se ha servido honrar a todas las religiones dándoles el honor de predicadores de V.M. a tres sujetos de cada una, y teniendo esta no menos loable instituto, [...] merece se entienda con ella el principio que está concedido a las demás»⁸⁰. El Patriarca quedó tan satisfecho, que durante los años siguientes nombró a dos camilos más para el puesto de predicadores, porque «de continuo han cumplido la obligación de los sermones, que se predicán a V.M. en su Real Capilla, repitiéndolo muchas veces al año»⁸¹.

Todo lo anterior evidencia la imperiosa necesidad de reformas dentro de la Real Capilla, y concretamente en lo que afectaba a los predicadores reales. Durante los años 80' del siglo XVII, el Patriarca de Indias nunca se detuvo a la hora de implantar cambios. Con la reforma de 1677 como telón de fondo, intentó corregir con mano firme la dejadez de los criados en sus deberes dentro de la Capilla, regular el acceso de nuevos aspirantes y recortar los gastos. Pero todo ello terminó en fracaso, y esto lo demuestra el hecho de que, en 1695, Carlos II continuaba solicitando informes sobre la pésima situación que se vivía en la Real Capilla⁸². Porque, efectivamente, seguían arrastrándose todos los problemas heredados del reinado de Felipe IV, el período de la regencia y los años más difíciles de Carlos II.

77 AGP, Personal, Caja 7750, ex. 8.

78 Sobre esta orden religiosa existen pocos estudios, pese al importante papel asistencial y caritativo que jugaron en los territorios de la Monarquía Hispánica. Donde sí han sido mayormente investigados ha sido en el México colonial, donde se ha hecho énfasis en su labor con los enfermos y agonizantes. En la España de Carlos II, fueron aclamados por su duro trabajo en Murcia, cuando la ciudad se hallaba en cuarentena por la peste. Al parecer, de los cinco camilos que acudieron, solo sobrevivieron dos. Véase A. MONTIEL LÓPEZ, «Alertar, enseñar y persuadir. *La muerte del justo: un exemplum novohispano*», *Revista electrónica de estudios de la muerte* 7 (2015): 99-114.

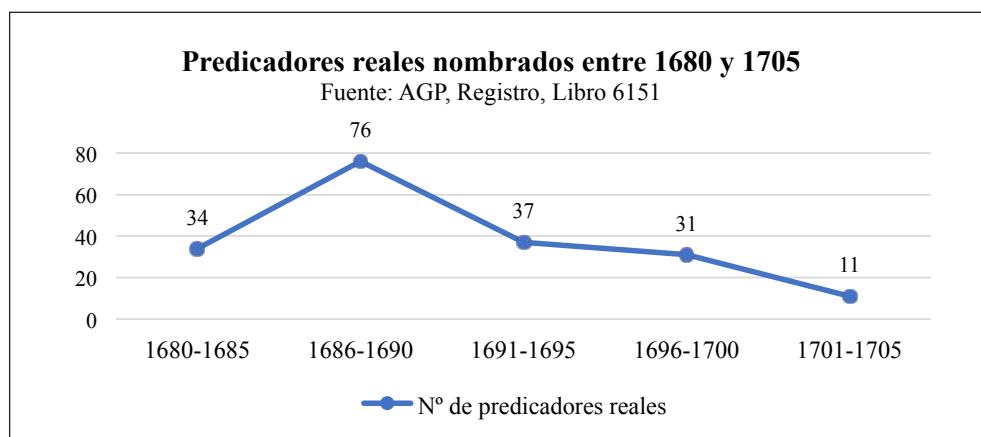
79 Véase AHN, Consejos, 26065, ex. 14.

80 AGP, Personal, Caja 7749, ex. 8.

81 AGP, Personal, Caja 7755, ex. 8.

82 J. A. SÁNCHEZ BELÉN, «La Capilla Real de Palacio a finales del siglo XVII», en *La Capilla Real de los Austrias. Música y ritual de corte en la Europa moderna*, ed. por J. J. CARRERAS y B. J. GARCÍA GARCÍA (Madrid: 2001), 418.

En el caso de los predicadores, algunos de los que cobraban gajes denunciaban que se les debían muchas mensualidades, como ocurrió con fr. Luis de Tineo, de los Premostratenses, que escribió durante años al rey informándole de que «V.M. con su real piedad fue servido de hacerle merced de los gajes de su predicador para que pudiese sustentarse decentemente, [...] y por cuanto no los cobra, y se le estarán debiendo cerca de ocho mil reales»⁸³. Asimismo, continuaba intentándose reducir el gasto de la Real Capilla, pero todo indica que nunca se consiguió. El Patriarca de Indias escribía al rey año tras año solicitando más dinero para las grandes ceremonias programadas, especialmente durante la Semana Santa. De hecho, se quejaba de la poca colaboración por parte de la Real Hacienda para entregarle los fondos necesarios, «sin embargo de las instancias continuas en la Presidencia con motivo de los clamores que han dado y dan los que entregaron los recados para los pobres»⁸⁴. Y en lo que se refiere a la incorporación de nuevos predicadores a la Real Capilla, hubo que esperar algunos años para constatar un verdadero descenso de su número.



En la gráfica anterior se muestra claramente que el número de predicadores volvió a aumentar tras los años inmediatamente posteriores a la muerte de Juan de Austria⁸⁵.

⁸³ AGP, Personal, Caja 7729, ex. 4.

⁸⁴ AGP, Real Capilla, Caja 112, ex. 1.

⁸⁵ Distintos investigadores han recalcado la importancia que tuvo la aparición en escena de la reina Mariana de Neoburgo, que «originó una última oleada de nombramientos de capellanes de honor y de predicadores reales entre 1686 y 1690». Y aunque en parte es cierto, debe tenerse en cuenta que antes de su irrupción en la Corte tras la muerte de María Luisa de Orleans, ya se estaba dando esta circunstancia. De hecho, en 1686 fueron nombrados 20 predicadores y el año siguiente otros 13. SÁNCHEZ BELÉN, «Eclesiásticos criollos en la Capilla Real», 428.

Hasta 1691, coincidiendo precisamente con la entrada en escena de Pedro Portocarrero y Guzmán –sobrino del cardenal Portocarrero– como Patriarca de Indias, no se constató un descenso de los nombramientos. Y aunque nunca se llegó a los niveles vividos durante la regencia, fue significativo, porque a la llegada de nuevos predicadores a la Real Capilla había que sumarle también el retorno de algunos de los que habían sido expulsados en 1677⁸⁶. Por descontado, la gran mayoría de nombramientos se hacían siempre de forma honorífica, y el cobro de gajes se había convertido en un auténtico privilegio por el que los predicadores más veteranos luchaban, valiéndose de todas sus armas e influencia.

Después de 1690, el número de incorporaciones empezó a descender progresivamente, coincidiendo con nuevos planes de reforma dentro de la Real Capilla. Sobre todo a partir de 1695, un enfermo Carlos II insistió al Patriarca de Indias para que se esforzase en limitar el gasto de la capilla palatina, regulando la concesión de gajes, reduciendo al máximo posible el nombramiento de nuevos predicadores y controlando el desembolso de dinero para las festividades que debían celebrarse, como las de Semana Santa o el Corpus. Esta situación fue asumida por Felipe V, que mantuvo los nombramientos de predicadores en unos niveles realmente bajos, seguramente por el desorbitado número que encontró en la Real Capilla⁸⁷.

Finalmente, a lo largo de esta década, la participación de los predicadores en el sistema de facciones que imperaba en la Corte de Carlos II, continuó siendo significativa. Primeramente, aquellos que habían apoyado al bastardo don Juan de Austria se vieron obligados a replantearse sus opciones tras su muerte en 1679, y el ejemplo más significativo nos lo ofrece el que fue su mayor defensor, fray Manuel de Guerra y Ribera. Tras sufrir un corto destierro en Lisboa, el trinitario volvió a la Corte y, durante toda aquella década, tuvo que soportar ataques y desplantes de los predicadores reales que habían sufrido su expulsión de la Real Capilla en tiempos del príncipe bastardo⁸⁸. Únicamente su brillante oratoria le ayudó a retomar su papel y a consolidar su presencia en la Capilla⁸⁹. Su emotivo sermón durante las exequias de la reina María Luisa de Orleans en 1689 marcó, en muchos sentidos, el final de sus difíciles años, cerrándose finalmente las heridas

86 En la tabla no aparecen reflejados los predicadores que quedaron reintegrados tras su expulsión de la Real Capilla en 1677. Por lo que se sabe, entre 1680 y 1700 volvieron a Palacio alrededor de 30 predicadores. AGP, Registro, libro 6151.

87 Véase J. A. SÁNCHEZ BELÉN y J. C. SAAVEDRA ZAPATER, «La Capilla Real de Felipe V durante la Guerra de Sucesión», en *Homenaje a Antonio de Béthencourt Massieu*, vol. 3 (Palmas de Gran Canaria: 1995), 367-402.

88 Véase C. HERCIG, «La polémica en torno a la *Aprobación* del Padre Fray Manuel de Guerra y Ribera (1682-1684) y la moralización de la Comedia», *Criticón* 103-104 (2008): 81-92.

89 A. SORIA ORTEGA, *El Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera y la oratoria sagrada de su tiempo* (Granada: 1950), 65.

abiertas por las eternas discordias entre la reina Mariana y Juan de Austria. De hecho, tras la muerte de don Juan, se formaron nuevas facciones en aquella Corte. Primeramente, algunos predicadores se acercaron a las reinas consortes de Carlos II, y si bien María Luisa de Orleans no llegó a jugar un papel preponderante en la política regia, Mariana de Neoburgo sí que participó activamente en el juego de facciones. Sin embargo, esta tuvo que lidiar siempre con la influencia que gozaba la reina madre, Mariana de Austria, que, desde su regreso a la vida del rey en 1680, jamás se volvió a separar de él. De hecho, eran muchos los predicadores que se acercaron a ella y continuaron elogiándola sin rubor en sus sermones, como es el caso paradigmático del jesuita Juan Rodríguez Coronel.

Solo tras la muerte de su suegra en 1696, la reina Mariana de Neoburgo vio consolidarse su estrella. A partir de ese momento, muchos predicadores se concienciaron de la influencia que la joven reina ejercía ya sobre su enfermizo esposo. Prueba de ello fueron algunos de los sermones que, en las exequias de doña Mariana de Austria, se le dedicaron a su nuera⁹⁰. Fr. José de Madrid, capuchino, había sido uno de los predicadores favoritos de la reina María Luisa de Orleans y, cuando esta murió, supo que debía acercarse a la nueva consorte, así que le dedicó el bello sermón que predicó tras la muerte de doña Mariana⁹¹. El caso de fr. José de Madrid es solo uno de los muchos casos de predicadores reales que aprendieron a involucrarse en el complejo entramado cortesano que se tejió en el Real Alcázar de Madrid hasta la muerte de Carlos II en 1700.

4. CONCLUSIONES

A lo largo del reinado de Carlos II, la incorporación de predicadores en plantilla experimentó unos niveles de crecimiento muy superiores a los vividos con Felipe IV. La figura del predicador real mantenía muchas de las facetas que le habían caracterizado a lo largo del siglo XVII, pero también es cierto que se había convertido en un puesto demasiado codiciado y que, en muchos sentidos, había perdido parte de su esencia. De hecho, se había transformado más bien en un símbolo de distinción. Por esta razón, eran muchos los eclesiásticos que aspiraban a convertirse en predicadores del rey.

Las diversas vías de promoción habían continuado siendo las mismas que en los reinados anteriores, pero sí es cierto que se vivieron algunas variaciones interesan-

⁹⁰ J. DE MADRID, *Treno Sacro Panegírico Funeral, que en las reales exequias de la Reina Madre, nuestra señora doña Mariana de Austria, que está en el cielo, de orden y en presencia del Rey Nuestro Señor, que Dios guarde* (Madrid: 1696).

⁹¹ Sobre el predicador capuchino fr. José de Madrid véase AGP, Personal, Caja 7736, ex. 12.

tes. Conforme el puesto de predicador cobraba importancia, los superiores de las órdenes religiosas empezaban a ver a estos elementos no ya como peones dentro de la Corte, sino como sus potenciales adversarios. Por esto, generales y provinciales de distintas órdenes religiosas llegaron a intervenir para frenar a todos los aspirantes que se habían atrevido a presentarse sin su beneplácito. Pero, contra todo pronóstico, esta vía de presentación únicamente creció conforme avanzaba el reinado de Carlos II. Año tras año, el número de predicadores que se presentaban por su cuenta y riesgo aumentaba considerablemente.

En cuanto a los méritos que los aspirantes presentaban para ser incorporados en la Real Capilla, uno de los más importantes era el buen oficio de orador. Se recalca con entusiasmo el fervor que había generado el pretendiente en los púlpitos y su fama a la hora de predicar sermones. Pero también es cierto que esta circunstancia no era determinante. Pues a esto se le añadían los méritos académicos, que la mayoría de las veces eran el resultado de una larga carrera universitaria fruto de la avanzada edad con la que se presentaban a la plaza de predicador. Además, muchos de los aspirantes habían ocupado puestos de responsabilidad en sus respectivas órdenes. Y si todo lo anterior aún no era suficiente, las influencias que acompañaban al candidato podían hacer el resto.

A lo largo del artículo, ha podido comprobarse que los intentos de reforma dentro de la Real Capilla estuvieron presentes en distintos momentos del reinado. La regencia de doña Mariana de Austria únicamente había consolidado la excesiva distribución de mercedes, saturando de predicadores la Capilla del Alcázar. De hecho, fue con el privado Fernando de Valenzuela con quien se dio un número más elevado de nombramientos de predicadores. Algo para nada extraño si tenemos en cuenta el enorme interés que tuvieron los validos del siglo XVII por controlar el púlpito real. Solo cuando don Juan José de Austria se hizo con el control del rey y del gobierno, empezaron a atisbarse algunos cambios importantes. Ciertamente, Juan de Austria implantó reformas destinadas a controlar el gasto —y purgar el Real Alcázar—, limitar la entrada de nuevos predicadores, frenar la concesión de gajes y supervisar el perfil de los aspirantes. Esta gran reforma dentro de la Real Capilla se tradujo en un precedente que marcó el resto del reinado. Pero como se ha mostrado a lo largo del artículo, las dificultades políticas, los compromisos dentro del Alcázar y la intervención de las élites en favor de los predicadores reales jugó en contra de la reforma de 1677. Los intentos por parte del duque de Medinaceli y el conde de Oropesa de aprovechar dicha reforma se vieron continuamente frustrados, y esto lo demuestra el hecho de que la incorporación de nuevos predicadores creció inmediatamente después de la muerte de don Juan. De hecho, aunque se mantuvo el número de tres, volvió a aumentar el número de nombramientos. Pero, además, muchos de los que

habían sido expulsados insistieron año tras año para volver a formar parte de la capilla palatina. Las presiones de estos eclesiásticos que habían perdido su título de predicador fueron enormes y ocuparon el resto del reinado.

Finalmente, otra conclusión interesante es que hubo nuevas incorporaciones dentro de la plantilla de predicadores. Si las órdenes mendicantes, agustinos y jesuitas habían primado en importancia durante los inicios del siglo XVII, durante el último tercio hubo una presencia más representativa del resto de religiones. Con los camilos como ejemplo significativo de esta apertura de la Capilla Real al resto de órdenes religiosas, se puede observar un mejor repartimiento de los nombramientos. Además, teniendo presente que cada religión debía contar un número de tres miembros siempre cubiertos, la distribución de predicadores en función de su orden era mucho más equitativa.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A. «La sacralización de la dinastía en el púlpito de la Capilla Real en tiempos de Carlos II». *Criticón* 84-85 (2002): 313-322.
- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A. «Precedencia ceremonial y dirección del gobierno. El ascenso ministerial de Fernando de Valenzuela en la corte de Carlos II». En *Vísperas de Sucesión: Europa y la Monarquía de Carlos II*, editado por J. J. CARRERAS y A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, 21-55. Madrid: 2015.
- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A. «La sacralización de la dinastía en el púlpito de la Capilla Real en tiempos de Carlos II». *Criticón* 84-85 (2002): 313-332.
- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A. «Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos II». *Criticón* 90 (2004): 99-123.
- ANDRÉS, M. «Núcleos de propagación del pensamiento eclesiástico». *Edad de Oro* 8 (1989), 9-25.
- AZANZA LÓPEZ, J. J. «Imágenes emblemáticas del adoctrinamiento regio: los sermones del predicador real José de Barcia en la Corte de Carlos II». *Potestas* 6 (2013): 255-297.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J. «La Compañía de Jesús y la defensa de la Monarquía Hispánica». *Hispania Sacra* 60 (2008): 181-229.
- CASTILLA SOTO, J. «El «valimiento» de don Juan José de Austria (1677-1679)». *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Moderna* 3 (1990): 197-211.
- DUQUE DE MAURA. *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid: 1990.
- GARAU AMENGUAL, J. «Jerónimo de Florencia (1565-1633), predicador real». *Revista de Literatura* 68/ 135 (2006): 101-122.

- GARCÍA DE LA BORBOLLA, A. «Algunas consideraciones sobre la predicación a partir de la hagiografía mendicante». *Erebea* 1 (2011): 57-82.
- GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, C. «La sátira política durante el reinado de Carlos II». *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* 4 (1983): 11-34.
- HERCIG, C. «La polémica en torno a la *Aprobación* del Padre Fray Manuel de Guerra y Ribera (1682-1684) y la moralización de la Comedia». *Criticón* 103-104 (2008): 81-92.
- HERRERO SALGADO, F. *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*. Vol. V, Madrid: 2006.
- KALNEIN, A. *Juan José de Austria en la España de Carlos II. Historia de una Regencia*. Lleida: 2001.
- LÓPEZ ARANDIA, M. A. «Dominicos en la Corte de los Austrias: el confesor del rey». *Tiempos Modernos*, 20 (2010/1). Disponible en <https://goo.gl/BTFMCc>.
- LOZANO NAVARRO, J. *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*. Madrid: 2005.
- LUZZI TRAFICANTE, M. «La Capilla real de Felipe V o la metáfora del gobierno de las casas reales». En *La Corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*, editado por J. MARTÍNEZ MILLÁN, C. CAMARERO BULLÓN y M. LUZZI TRAFICANTE. Vol. I, 395-448. Madrid: 2013.
- LYNCH, J. *Los Austrias (1598-1700)*. Barcelona: 1992.
- MONTIEL LÓPEZ, A. «Alertar, enseñar y persuadir. *La muerte del justo: un exemplum novohispano*». *Revista electrónica de estudios de la muerte* 7 (2015): 99-114.
- NEGREDO DEL CERRO, F. «La Capilla Real como escenario de lucha política. Elogios y ataques al valido en tiempos de Felipe IV». En *La Capilla Real de los Austrias. Música y ritual de corte en la Europa moderna*, editado por J. J. CARRERAS y B. J. GARCÍA GARCÍA, 323-344. Madrid: 2001.
- NEGREDO DEL CERRO, F. «La palabra de Dios al servicio del Rey: la legitimación de la Casa de Austria en los sermones del siglo XVII». *Criticón* 84-85 (2002): 295-311.
- NEGREDO DEL CERRO, F. *Los predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*. Madrid: 2006.
- NEGREDO DEL CERRO, F. «La Capilla de Palacio a principios del siglo XVII. Otras formas de poder en el alcázar madrileño». *Studia Historica. Historia Moderna* 28 (2006): 63-86.
- SÁNCHEZ BELÉN J. A. y J. C. SAAVEDRA ZAPATER. «La Capilla Real de Felipe V durante la Guerra de Sucesión». En *Homenaje a Antonio de Béthencourt Massieu*. Vol. 3, 367-402. Palmas de Gran Canaria: 1995.
- SÁNCHEZ BELÉN, J. A. *La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II*. Madrid: 1996.

- SÁNCHEZ BELÉN, J. A. «La Capilla Real de Palacio a finales del siglo XVII». En *La Capilla Real de los Austrias. Música y ritual de corte en la Europa moderna*, editado por J. J. CARRERAS y B. J. GARCÍA GARCÍA, 411-448. Madrid: 2001.
- SÁNCHEZ BELÉN, J. A. «Medidas extraordinarias para una crisis económica: las reformas del duque de Medinaceli y del conde de Oropesa a finales del reinado de Carlos II». *Trocadero* 23 (2011): 7-35.
- SÁNCHEZ BELÉN, J. A. «Eclesiásticos criollos en la Capilla Real de Palacio: una élite de poder en el reinado de Carlos II». *Revista de Indias* 261 (2014): 423-452.
- SÁNCHEZ BELÉN, J. A. «La representación de los reinos en la Capilla Real de Palacio. La lenta transformación constitucional de la Monarquía de los Habsburgo en el reinado de Carlos II». En *Vísperas de Sucesión: Europa y la Monarquía de Carlos II*, editado por J. J. CARRERAS y A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, 57-79. Madrid: 2015.
- SÁNCHEZ BELÉN, J. A. «Espejo de ministros en la oratoria sagrada de la Península Ibérica entre finales del siglo XVII y principios del XVIII», en *En la Corte del Rey de España. «Liber Amicorum» en homenaje a Carlos Gómez-Centurión Jiménez (1958-2011)*, editado por R. VALLADARES RAMÍREZ, F. BARRIOS PINTADO y J. A. SÁNCHEZ BELÉN, 253-285. Madrid: 2016.
- SÁNCHEZ BELÉN, J. A. «La Capilla Real de palacio y la gracia del rey: un espacio para recompensar lealtades políticas, 1666-1715». En *Los hilos de Penélope. Lealtad y fidelidades en la Monarquía de España, 1648-1714*, coordinado por R. QUIRÓS ROSADO y C. BRAVO LOZANO, 145-164. Madrid: 2016.
- STORRS, C. *La resistencia de la Monarquía Hispánica. 1665-1700*. Madrid: 2013.
- TRÁPAGA MONCHET, K., «*La reconfiguración política de la monarquía católica: La actividad de don Juan José de Austria*». Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid, 2015. <http://hdl.handle.net/10486/669534>.

LOS PREDICADORES REALES DE CARLOS II (1666-1700)

Nombre	Orden religiosa	Observaciones
1666		
Fr. Antonio Dávila	Mercedario	
Fr. Diego de Saavedra	Franciscano	
Fr. Juan de la Concepción	Agustino	
Fr. Juan Bautista Sorribas	Carmelita	
Fr. Juan de Lizana	Mercedario	
Fr. Diego de Ossorio	Jesuita	
P. Cayetano Pasareli	Teatino	
Fr. Francisco de Tarazona	Capuchino	
Fr. Manuel de Madrid	Capuchino	
Don José Traconiz y Lazcano	Clero secular	Canónigo magistral de Santo Domingo de la Calzada
Fr. Agustín de Madrid	Jerónimo	
Fr. Martín de Guevara	Franciscano	
Dr. Don Juan Benítez Moreno	Clero secular	Deán de la catedral de Granada
P. Juan Ignacio Dávila	Jesuita	
Fr. Carlos de Urosa	Franciscano	
Fr. Sebastián de Arévalo	Franciscano	
1667		
Fr. Juan González	Franciscano	
Fr. Gabino de Aquena	Claustales franciscanos	
Fr. Raimundo Lumbier	Carmelita	
P. Lorenzo de Alvarado	Jesuita	
Fr. Gabriel Ramírez de Arellano	Dominico	Confesor de Carlos II en 1676
Fr. José Antonio de Urrea	Agustino	
Fr. Jerónimo de Arbizu	Mercedario	

1668

Fr. Pedro de Mena	Franciscano	
Dr. Don Pedro de Monforte	Clero secular	Anteriormente capellán de honor
Don Diego Freire	Clero secular	Canónigo de la catedral de Almería
Fr. Miguel Loiz de Argueta	Mínimo de S. Fco. De Paula	
Fr. Luis de Bustamante	Basilio	
Fr. Antonio de Vergara	Dominico	
Fr. Juan de la Riba	Benito	
Fr. Juan de Terán	Franciscano descalzo	
Fr. Cipriano de Herrera	Agustino	
Fr. Ramon de Morales	Mercedario	Provincial de Chile
Fr. Diego de Salazar y Cárdena	Trinitario	
Dr. Juan de Ibaso	Clero secular	
Fr. Juan Gil de Godoy	Dominico	
Fr. Manuel de Guerra y Ribera	Trinitario	
Fr. Juan de Santiago	Jerónimo	
Dr. Don Diego de Baños y Sotomayor	Clero secular	

1669

Fr. Antonio de Moscoso	Benito
P. Juan García Martín	Jesuita
P. Antonio Prieto	Clérigos menores

1670

Fr. Antonio de Hesura	Mínimo de S. Fco. De Paula
Fr. Juan Bautista Gamiz	Franciscano
Fr. Diego Bernardo de Quirós	Jesuita

Fr. Lorenzo de Segovia	Agustino	
Fr. José Antonio de Urrea	Agustino	
Fr. Antonio de Medina	Franciscano	
Fr. Diego Fernández de Angulo	Franciscano	
Fr. Luis Criado	Agustino	
Fr. Diego Enríquez	Agustino	Provincial de Castilla
Fr. José de la Torre	Franciscano	
Fr. Benito Pimentel	Bernardo	
Fr. Juan Garrido	Franciscano	
Fr. Antonio Molero	Franciscano descalzo	
Fr. Alonso de Guzmán	Franciscano	Hermano del Patriarca de Indias
Fr. Alonso de Santo Tomás	Agustino recoleto	

1671

Fr. Domingo Cifuentes	Agustino	
Fr. Antonio José de Baños	Carmelita descalzo	
Fr. Clemente Álvarez	Dominico	
P. Juan Rodríguez Coronel	Jesuita	
P. Juan Ignacio de Castroverde	Jesuita	
P. Tomás Sánchez	Jesuita	
Fr. Luis de Meneses	Dominico	
P. Juan Ignacio de Galarza	Clérigos Menores	
Fr. Matías Cortés	Agustino	
Fr. Alejandro de Toledo	Capuchino	
P. Melchor de Haro	Jesuita	
Fr. Juan de Bonilla	Carmelita descalzo	Obispo de Ariano, en Nápoles
P. Francisco Enríquez	Teatino	

1672

Fr. Alonso de Villarroel	Agustino
P. Leonardo Mari	Clérigos Menores

Fr. Tomás Navarro	Dominico	
Fr. Rafael Martínez de Córdoba	Mercedario	
Fr. Pedro de Paniagua	Agustino	
Fr. Tomás Carbonell	Dominico	Confesor de Carlos II desde 1675
Fr. José de Alarcos	Benito	Abad de San Millán de la Cogolla
Fr. Francisco de Figueroa	Agustino	Obispo de Tropea, en Nápoles
Fr. Justo de Salubert	Jerónimo	
Fr. Francisco de Herrera	Franciscano	
Fr. Nicolás de Orellana y Luna	Mercedario descalzo	
Fr. Nicolás Hurtado de Ulloa	Agustino	
Fr. Juan Ordoñez	Agustino	
Fr. Tomás de Arguello	Bernardo	
Fr. Vicente Domingo Enríquez	Trinitario	
P. Jerónimo Vintimilla	Teatino	
Fr. Juan de Humada	Dominico	
Fr. Jerónimo de la Cruz	Jerónimo	
Fr. Diego Serrano	Mercedario	
Fr. Juan de Ortega	Agustino	
Fr. José de Madrid	Capuchino	
Fr. José Gento	Carmelita descalzo	
Fr. Baltasar Álvarez	Franciscano terciario	
Fr. Ignacio de Zuleta	Jesuita	

1673

Dr. Don José de Baños y Sotomayor	Clero secular
Fr. Juan Gutiérrez	Franciscano
Fr. Fernando de Guzmán y Portocarrero	Franciscano
Fr. Francisco Díaz de Villarroel	Franciscano

Fr. Pedro de Agramonte	Agustino
Fr. Miguel Fernández de Miraño	Franciscano
Fr. Tomás de Torres	Mínimo de S. Fco. De Paula
Fr. Cristóbal Cerón	Franciscano
Fr. Pedro de Soto	Franciscano terciario
Fr. Francisco de Jerez	Capuchino
Fr. Fernando Gutiérrez de Silva	Carmelita calzado
Fr. Pedro Pablo Casteli	Capuchino
Fr. Luis de Tineo	Premostratense
Fr. José de Urrutia	Bernardo
Fr. Juan Cabeza de Vaca	Benito
P. Domingo Ricci	Teatino
Fr. Augusto Serral	Franciscano

1674

P. Juan de Ribera	Jesuita	
Fr. Antonio de Melgarejo	Franciscano	
Fr. Ignacio de la Cerda	Agustino	
Fr. Juan del Castillo Gadea	Mínimo de S. Fco. de Paula	Provincial de Granada
Fr. Benito Orozco	Bernardo	
Fr. Baltasar de Figueroa	Bernardo	Obispo de Cuba
Fr. Manuel de Herrera	Mínimo de S. Fco. de Paula	
Don José Martínez de las Casas	Clero secular	Cura de la iglesia de San Pedro de Madrid
Fr. Miguel Mayers de Caramuel	Mercedario	
Fr. Miguel de Neofuentes	Franciscano	
P. Francisco de Calatrava	Jesuita	
Fr. José de Valdés	Franciscano	
Fr. Jerónimo de Colina	Agustino	

Fr. Carlos Jacinto de San José Agustino recoleto

1675

Fr. Dionisio Negrón	Dominico	
Fr. Juan de las Heras	Bernardo	General de San Bernardo
Fr. Luis Vázquez de Valera	Mínimo de S. Fco. De Paula	
Fr. Pedro de Montes	Dominico	Confesor de Carlos II en 1679 Nombrado obispo de Plasencia.
Fr. Francisco de Castilla	Carmelita calzado	
Fr. Pedro de Andrade	Bernardo	
Fr. Camilo de Alzamora	Carmelita calzado	
Fr. Juan de San Francisco	Jerónimo	
Fr. Francisco de Teleña	Trinitario descalzo	
Fr. Jerónimo de Noroña y Olivera	Bernardo	
Fr. Juan de Legazpi	Benito	
Fr. Buenaventura de Ocaña	Capuchino	
Fr. Luis de Burón	Franciscano	
Fr. Alonso de Cañizares	Franciscano	
Fr. Bernardo de Quiñones	Franciscano	
P. Diego de Castelblanco	Clérigos Menores	
Fr. Luis de San Bernardo	Mercedario descalzo	
Fr. Francisco Antonio de Granada	Capuchino	
Fr. Francisco Ximenez de Mayorga	Franciscano	
Fr. Miguel de Arroyo	Mercedario	

1676

Fr. Francisco Calderón	Franciscano
Fr. Matías Enríquez	Mínimo de S. Fco. De Paula

P. Juan de Sandoval	Clérigos Menores	
P. Agustín de Herrera	Jesuita	
Fr. Marcos de Ostos	Mercedario	
Fr. Juan Manuel de Vivar	Franciscano	
Fr. Manuel Blanco	Mercedario	
Don Alfonso Galaz Torrero	Clero secular	Anteriormente capellán de honor. Ascendido a obispo de Tui.
P. Juan de Losada	Jesuita	
Fr. Francisco González	Mínimo de S. Fco. De Paula	
Fr. Juan de Barrentis	Dominico	
Fr. Ignacio de Marquina	Agustino	
Fr. Marcos de Palomares	Carmelita descalzo	
P. Francisco Antonio de Miera	Clérigos menores	
Fr. Juan Gómez de Barrientos	Carmelita calzado	

1677

Fr. Juan Bautista Ximenez	Jerónimo
Fr. Fernando de Carvajal y Ribera	Mercedario descalzo
Fr. Eugenio de Paredes	Trinitario
Fr. Nicolás Pimienta	Mercedario descalzo
Fr. Pablo de Madrid	Jerónimo
Fr. Alberto de Refundana	Mercedario descalzo
Fr. José Sanz de Vilaragut	Franciscano

1678

Fr. Francisco de Paula	Mínimo de S. Fco. De Paula
------------------------	----------------------------

1679

Francisco María Cremona	Franciscano	Comisario General de San Francisco
-------------------------	-------------	------------------------------------

1680

Fr. Dionisio de la Puente	Franciscano
Fr. Francisco de la Cuesta	Trinitario

1681

Fr. Andrés Martín	Franciscano observante	Guardián del convento de San Francisco de Madrid
Fr. Bernardo Cano	Dominico	
Fr. Pedro de Sacedón	Franciscano	
Fr. Juan Jacinto Manrique	Benito	
Fr. Simón de San Agustín	Agustino recoleto	Prior del convento de agustinos recoletos en Madrid
Fr. Álvaro Ossorio	Agustino	
Fr. José de Jesús	Agustino recoleto	Prior del convento de agustinos recoletos en Valladolid

1682

Fr. Pedro de la Hoz	Agustino
Fr. Matías Blondo	Clérigos Regulares
Fr. Pedro de la Serena	Jerónimo
P. Gaspar de Soria	Jesuita

1683

Fr. Félix de Bustillo	Capuchino
P. Alfonso de Rebello	Clérigos menores
Fr. Francisco de Sobrecasas	Dominico

1684

Fr. Francisco Antonio de Gante	Agustino
--------------------------------	----------

P. Antonio Moreno	Jesuita
Fr. Juan Francisco Zorrilla	Franciscano
P. Pedro Ignacio de León	Jesuita
Fr. Juan de Rocaberti	Agustino
Fr. Francisco Blanco	Dominico

1685

Fr. Jacinto Aturiac	Mercedario	
Fr. Francisco de Santa María	Jerónimo	Prior del convento de San Jerónimo en Madrid
Fr. Gaspar de Córdoba	Dominico	
P. Diego Pacheco	Clérigos Menores	
Fr. Andrés Ibáñez	Franciscano	
Fr. Bartolomé de Carmona	Jerónimo	
P. Francisco Solorzano	Jesuita	
Fr. José Sarmiento	Trinitario	
Fr. Martín Salazar	Franciscano	
Fr. Francisco Suárez	Franciscano	
Fr. Luis de Lemos	Agustino	
Fr. Manuel José de Villegas	Franciscano	

1686

Fr. Francisco Clarise	Carmelita
Fr. Pedro de los Reyes	Benito
Fr. Antonio de la Torre y Sotomayor	Benito
Fr. Diego Zapata	Franciscano
Don Ginés Miralles Marín	Clero secular
Fr. Miguel Pérez	Basilio
Fr. Jerónimo de Mendoza	Mercedario
Fr. Angelo Ongyes	Capuchino
Fr. Francisco Pimentel	Dominico
Fr. Francisco Zarraga	Benito
P. Juan Duque de Estrada	Jesuita

P. Pedro Aguado	Clérigos menores	
Fr. Juan Vítores y Velasco	Benito	
Fr. Gaspar de San Laurencio	Mercedario descalzo	
P. Don Diego de Andrade	Teatino	
Fr. Matías Mateo de Burgos	Mínimo de S. Fco. De Paula	
Fr. Francisco de Santa Clara	Agustino recoleto	
P. Juan Pacheco	Clérigos menores	
Fr. Manuel García de Ruyales	Premostratense	General de la orden
Fr. Domingo Pérez	Dominico	

1687

Fr. Andrés Capero	Carmelita	
P. Pedro Zapata	Jesuita	
P. Martín de Zarandona	Jesuita	
Don Juan de las Hebas	Clero secular	Anteriormente capellán mayor
Jacinto Muñoz	Clero secular	Cura párroco de San Nicolás de Madrid
P. Pedro Fernández de las Casas	Clérigos menores	
Fr. Agustín Cano de Olmedilla	Dominico	
Fr. Francisco de las Pedrajas	Franciscano	
Fr. Diego de Castejón	Benito	
Fr. Juan de Angulo	Mercedario descalzo	
P. Luis de Abaunza	Teatino	Prepósito de San Cayetano
Fr. Juan de Bonilla	Trinitario	
Fr. Alonso Franco de Ulloa	Carmelita	

1688

Fr. José Sicardo	Agustino
Fr. Francisco de Montoya	Carmelita
Fr. Miguel Antonio Ibáñez	Mercedario

Fr. Gregorio Velarde	Jerónimo	
Fr. Alonso de Talavera	Jerónimo	Obispo de Cádiz en 1696
Fr. Eugenio Ossorio	Carmelita	
P. Don Martín Aznar	Teatino	
Fr. José de Sevilla	Capuchino	
Fr. Jacinto de Aranaz	Carmelita	
Fr. Jerónimo Muñoz	Franciscano	
Fr. Manuel de la Madre de Dios	Mercedario descalzo	
Fr. Manuel Pimentel	Benito	
Fr. Miguel de Plaza	Franciscano	
Fr. Domingo Gange	Camilo	
Fr. Francisco Fernández del Rincón	Mínimo de S. Fco. De Paula	
Fr. Miguel de Lima	Capuchino	
Fr. Bernardo Temiño	Bernardo	

1689

Fr. Juan Navarro	Mercedario descalzo	
Fr. Francisco de Azpeitia	Mercedario	
Don José Barcia y Zambrana	Clero secular	Canónigo de la Catedral de Toledo. Nombrado obispo de Cádiz
Fr. Manuel Palomino	Franciscano	
Fr. Manuel de la Madre de Dios	Trinitario	
Fr. Julián Cano	Carmelita	Obispo de Solsona en 1696
Fr. Alonso de Torres Patiño	Franciscano	
Dr. Benito Martínez Pedernoso	Clero secular	Canónigo de la Catedral de Toledo
Fr. Antonio de Avellaneda	Franciscano observante	
Fr. José Maruelo	Mínimo de S. Fco. De Paula	

Fr. Gregorio de Balboa	Benito	
Don Francisco del Valle	Clero secular	Canónigo de la Catedral de Toledo
Fr. Francisco Díaz de Buenaventura	Franciscano	
P. Don Hilarión Visconti Borromeo	Císter	
1690		
Fr. Tomás Reluz	Dominico	
P. Gabriel Fajardo	Jesuita	
Fr. Buenaventura de San Agustín	Jerónimo	
Fr. Pedro Tabares	Dominico	
Fr. José Fausto de Toledo	Trinitario descalzo	
Fr. Bartolomé de Castro	Franciscano	
Fr. Diego de Medina	Jerónimo	
Don Juan de Miranda Busto	Clero secular	Canónigo penitenciario de la catedral de Oviedo
Fr. Francisco de Urbina	Franciscano descalzo	
Fr. Francisco de San Antonio Vergara	Franciscano descalzo	
Fr. Miguel Francisco de Campos	Franciscano terciario	
Fr. Benito Moreno	Dominico	
1691		
Fr. Mauro de Larreategui	Benito	
Fr. Jaime de Corella	Capuchino	
Fr. Manuel de Angulo	Mercedario	
P. Alonso Mejía	Jesuita	
P. Tomás de Salas	Jesuita	
Dr. Don Diego Nieto	Clero secular	Canónigo magistral de la catedral de Toledo

Don Francisco Calderón de la Barca	Clero secular	Canónigo magistral de la catedral de Toledo
------------------------------------	---------------	---

1692

Fr. Gaspar de Monroy y Meneses	Bernardo	
Fr. Marcelino Fernández de Quirós	Carmelita descalzo	
Fr. Melchor Franco de Ulloa	Carmelita descalzo	
P. Juan Bautista Oddi	Jesuita	
Fr. Tomás Fuster	Dominico	
P. Jacinto Pareja	Jesuita	
Fr. Juan de Santisteban	Jerónimo	
P. Francisco Javier de Victoria	Jesuita	
Fr. Bernardino de Madrid	Capuchino	
Don Rodrigo Marín	Clero secular	Canónigo de la Catedral de Granada
Fr. Sebastián de Villamandos	Dominico	
Fr. Don Juan de Castillo y Sotomayor	Basilio	
Don Melchor de Borges y Manzano	Clero secular	
P. Isidro Gil Ortiz	Clérigos menores	

1693

Fr. Francisco de Pereda	Franciscano
Fr. Diego Dávila y Vela	Carmelita
Fr. Carlos Ximénez de Urrea	Jerónimo
Fr. Pedro Mártir de Bonacassa	Dominico

1694

Fr. Agustín Antonio de Arellano	Agustino
---------------------------------	----------

Fr. José Bernardo de Quirós	Agustino	
Dr. Don Francisco Benito Colodro	Clero secular	Canónigo magistral de la catedral de Cuenca
Fr. Manuel Navarro	Benito	
Fr. Luis Fernández de la Cuadra	Agustino	
Fr. Nicolás Palmota de Torres	Dominico	

1695

Fr. Rodrigo de Castro y Mena	Carmelita	
Fr. Francisco Laso de Vega	Dominico	
Fr. Matías de Madrid	Jerónimo	
P. Diego de Enciso	Camilo	
Fr. Miguel de Pinto	Capuchino	
Fr. José de Larra Mondéjar	Mínimo de S. Fco. De Paula	

1696

Dr. Don Francisco Romero y Porte	Clero secular	
Fr. Francisco de Paula	Mínimo de S. Fco. De Paula	
P. Juan de Verdesoto Pinto	Jesuita	
Fr. Francisco de Zambrana	Trinitario	
Dr. Don Gregorio de Soto y Orumbella	Clero secular	Canónigo de la catedral de Orihuela

1697

P. Diego del Castillo	Jesuita	
P. José de Budía	Camilo	
Fr. Pablo de San Nicolás	Jerónimo	
Fr. Pedro de Santo Tomás	Agustino recoleto	
Fr. Plácido Gómez de Vega	Trinitario	

Fr. Agustín de la Nava	Capuchino
P. Antonio Eugenio Justiniano	Clérigos menores

1698

Dr. Pedro Fletos	Clero secular	
Fr. Bartolomé Moreno	Franciscano	
Fr. Juan Gregorio de Porras	Carmelita calzado	
Fr. Ignacio Sánchez de Quirós	Franciscano observante	
Dr. Don Gonzalo Antonio Navas de Quintana	Clero secular	Canónigo de la Catedral de Toledo
Dr. Don Hipólito Martínez de Galarza	Clero secular	Canónigo magistral de la Catedral de Palencia
Fr. Gregorio Cladera	Franciscano	

1699

Fr. Alonso de Viezma	Franciscano observante	Provincial de Castilla
Fr. José Fernández de Zorrilla	Jerónimo	
Fr. José de Lanciego	Benito	
P. Don José de Salinas	Teatino	
Fr. Pedro de Santiago	Agustino recoleto	
P. Don Andrés de Ortigosa	Basilio	

1700

José de Santa María	Jerónimo
José de Gobeo	Benito
Diego de la Peña	Dominico
José Romero	Benito
Martín Navarro	Benito
Juan Moriz	Benito

